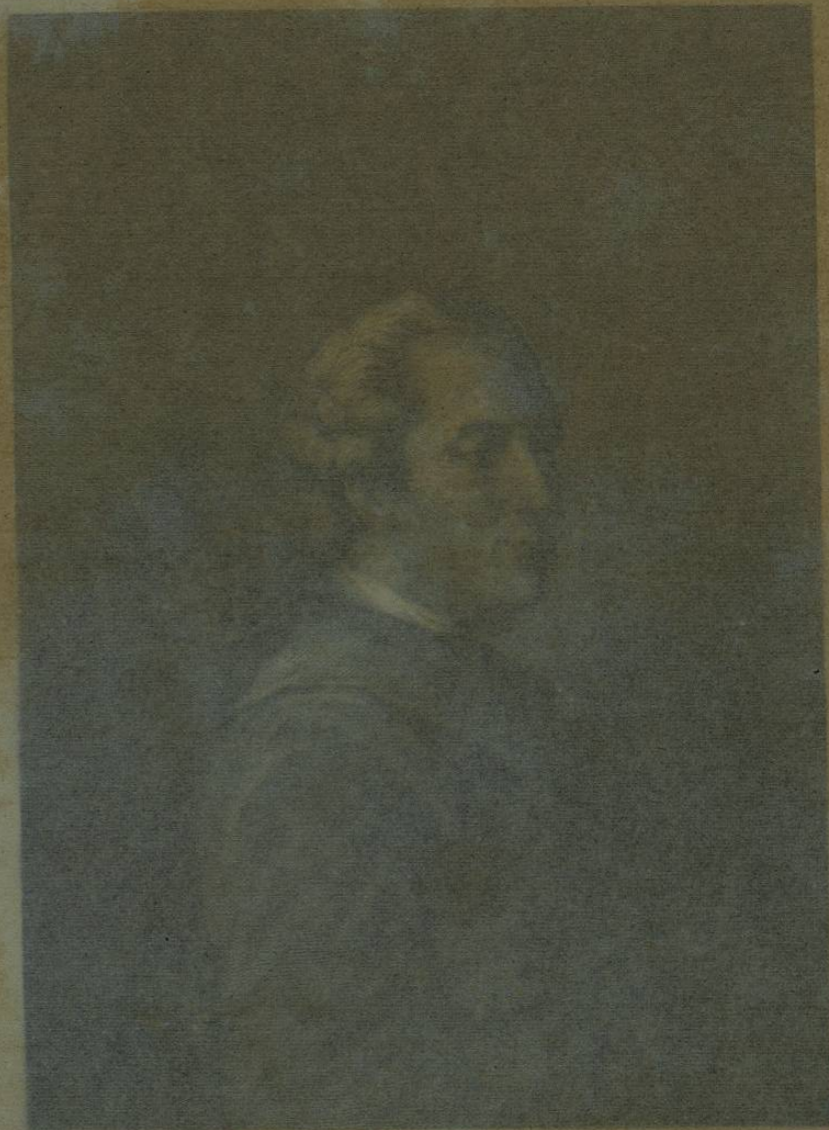


## BEAUMARCHAIS

### I

El siglo XVIII. estaria incompleto sin Beaumarchais, como sin Diderot, sin Voltaire ó sin Mirabeau. Es Beaumarchais uno de los personajes más originales, más característicos, más revolucionarios de su siglo. Cuando es revolucionario lo es por arrebatado, por instinto, sin propósito de ir tan léjos como se creeria. En este sentido tiene semejanza con Voltaire, con quien comparte el honor de ser, acaso, el hombre más espiritual de su tiempo. Tomo aquí la palabra espíritu en el sentido de fuente, de manantial perpétuo. Pero Voltaire aventaja á Beaumarchais en gusto. Beaumarchais se dejaba llevar de su inspiración, abandonándose á ella y no sabiendo domeñarla. Hablando de él es necesario precaverse de ser sistemático, pues él mismo no lo era. ¿Sabéis lo que era? Un hombre bien dotado por la naturaleza y lanzado, arrebatado, á veces ahogado en las ondas de su siglo y sobrenadando en encontradas corrientes.

Un escritor de nuestros días que se ha dado á conocer con distinción en el género de la biografía, M. de Loménie, profesor suplente en el Colegio de Francia, ha consagrado este año varias lecciones á Beaumarchais, ilustrando el carácter de este personaje extraordinario con documentos particulares que debe á la familia. M. de Loménie prepara la biografía completa de Beaumarchais, hace tiempo anunciada; yo quisiera que él me hubiese precedido, pues mi objeto al hacer estos rápidos esbozos no es competir con nadie, sino resumir lo ya conocido y verdadero. Mas si no tengo para consultarla la obra anunciada de

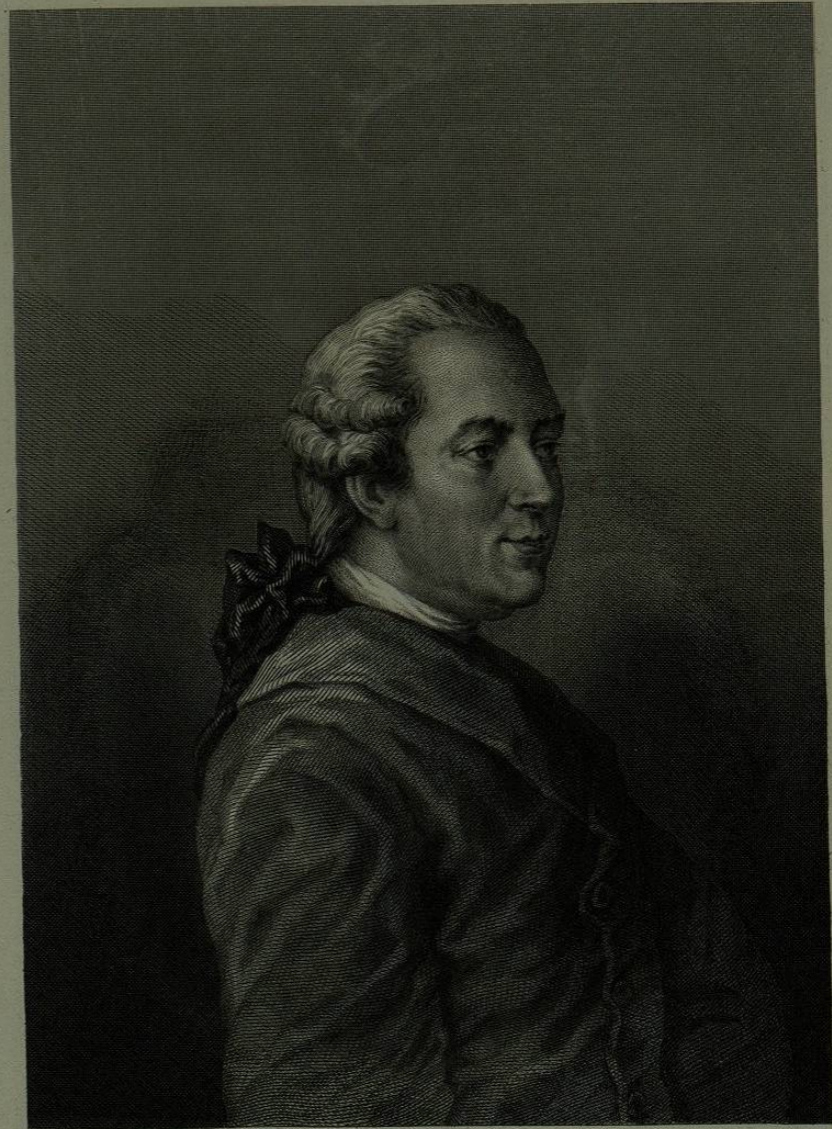


BEAUMARCHAIS

## BEAUMARCHAIS

El siglo xviii estaba incompleto sin Beaumarchais, como sin Diderot, sin Voltaire ó sin Mirabeau. Es Beaumarchais uno de los personajes más originales, más característicos, más revolucionarios de su siglo. Cuando es revolucionario lo es por arrebato, por instinto, sin propósito de ir tan lejos como se creeria. En este sentido tiene semejanza con Voltaire, con quien comparte el honor de ser, acaso, el hombre más espiritual de su tiempo. Tomo aquí la palabra espíritu en el sentido de *faute de volonté perpétue*. Pero Voltaire aventaja a Beaumarchais en gusto. Beaumarchais se dejó llevar de un impulso abnunciándose a ella y no sabiendo detenerla. Hablando de él es necesario recordar de ser *él mismo*, pues él mismo no lo era. *Sabéis lo que era? Un hombre loco dotado por la naturaleza y lanzado, arrebatado, a veces ahogado en las ondas de su siglo y sobrenadando en encontradas corrientes.*

Un escritor de nuestros días que se ha dado á conocer con distincion en el género de la biografía, M. de Loménie, profesor suplente en el Colegio de Francia, ha consagrado este año varias lecciones á Beaumarchais, ilustrando el carácter de este personaje extraordinario con documentos particulares que debe á la familia. M. de Loménie prepara la biografía completa de Beaumarchais, hace tiempo anunciada; yo quisiera que él me hubiese precedido, pues mi objeto al hacer estos rápidos esbozos no es competir con nadie, sino resumir lo ya conocido y verdadero. Mas si no tengo para consultarla la obra anunciada de



BEAUMARCHAIS

Garnier freres, Editeurs.

Imp. Serain, Paris.

M. de Loménie, puedo al ménos aprovechar alguna conversacion con que me ha favorecido, sintiendo que sus comunicaciones se hayan interrumpido bruscamente. Ademas he leído y he hojeado mucho al mismo Beaumarchais, que es el ménos discreto de los hombres cuando habla de sí mismo. Escuchando sus declaraciones y sus familiares confidencias, paréceme que se sabe ya casi bastante.

Pedro Agustín Caron, que tomó más adelante el nombre de Beaumarchais, nació en París el 24 de Enero de 1732. Su familia, que M. de Loménie dará á conocer más en detalle, era segun creo oriunda de Normandía; la familia habia sido protestante. El padre de Beaumarchais, relojero de oficio, que enseñó á su hijo la misma profesion, parece haber sido un hombre bueno, cordial, conservando de las costumbres protestantes de sus abuelos un fondo de afeccion y conviccion religiosas. Cuando más tarde, en su famoso proceso, se echó en cara á Beaumarchais su origen vulgar, habló de su padre de una manera encantadora que recuerda á Horacio :

« Entabláis esta obra maestra, decia á madama Goëzman (la parte contrária), para reprocharme el estado de mis progenitores; Ay, señora! Es demasiado cierto que el último de todos reunia á varios ramos de comercio una gran celebridad en el arte de la relojería. Obligado á que se me condene por este delito, confieso con dolor que nada puede lavarme de la justa censura que me hacéis de ser hijo de mi padre... Pero me detengo, pues siento que está detras de mí leyendo lo que escribo y riéndose al acariciarme (*¡Qué cuadro tan pronto, tan fácil, tan afectuoso!*)

» Me echáis en cara mi padre sin tener idea de su generoso corazon. En verdad que, aparte la relojería, no veo otro por el que yo lo cambiara... »

Cuando sus enemigos querian consumir su ruina en el curso del proceso, cuando se veia preso, calumniado y arruinado, nos muestra la consternacion de todos los amigos que lo visitaban en la prision :

« La piedad, la resignacion de mi venerable padre agravaba más mis penas. Diciéndome con uncion que recurriera á Dios, único dispensador de bienes y de males, me hacía sentir y comprender mejor cuán poco podia esperar ya de los hombres amparo ni justicia. »

Vuelve más de una vez al carácter religioso de su padre : « Mis amigos callaban, mis hermanas lloraban, mi padre oraba. »

Aquel padre *sensible, honrado, virtuoso*, que tiene ingenua solemnidad en la efusión de sus sentimientos, escribía una vez á su hijo que estaba en España, adonde habia ido para vengar á una de sus hermanas (1764), una carta que se ha publicado (1) y que sería digna del padre de Diderot ó de que Diderot mismo la hiciera recitar por un padre de uno de sus dramas :

« Me dices modestamente que te quiera un poco. Eso no es posible, mi querido hijo : á un hijo como tú no puede quererle un poco un padre que siente y piensa como yo. Las lágrimas que caen de mis ojos sobre este papel son buena prueba. Las cualidades de tu excelente corazón, la fuerza y la grandeza de tu alma me penetran del más tierno amor. Honra de mis canas, hijo mio, ¿por qué he merecido de mi Dios las gracias de que me colma en mi querido hijo? El favor más grande que se puede conceder á un padre *honesto y sensible* es un hijo como tú. ... He estado cinco días y cuatro noches sin comer y sin dormir y sin cesar de quejarme. En los intervalos en que sufría ménos, leía *Grandisson* y ¡en cuántas cosas he encontrado semejanza entre *Grandisson* y mi hijo! ¡Padre de tus hermanas, amigo y bienhechor de tu padre! Si Inglaterra, me decía yo, tiene sus *Grandisson*, Francia tiene sus *Beaumarchais*..... »

Para explicar el entusiasmo y el tono de esta carta debemos decir que *Beaumarchais*, en aquella fecha, se acababa de distinguir por un acto enérgico de afecto familiar. Y evidentemente era él la esperanza y el héroe de la familia, único hijo varon entre cinco hermanas, de las que solo tres permanecían en Francia y que todas, las presentes como las ausentes, le adoraban y admiraban.

Dotado de cualidades físicas, de ingenio inventivo, de audacia y de gracejo, habia en sus actos y en su persona algo que predisponía en su favor. Al debutar, digámoslo así, en las letras, que fué bastante tarde, cuantos hablan de él observaron desde luégo cierto aire de fatuidad y confianza. Y en efecto la tenía, tenía confianza en su ingenio y sus recursos; pero la fatuidad era sólo aparente, sólo estaba en la

(1) En el periódico *L'Assemblée nationale*, número correspondiente al 1.º Junio 1852.

superficie, pues todos los que le vieron de cerca le reconocieron despues la ingenuidad.

Dejo á su biógrafo la tarea de referir sus primeros ensayos en verso, en prosa rimada. He visto una carta escrita por él á la edad de trece años á una de sus hermanas de España, y ya hay en ella gracejo y facilidad. Su fácil alegría es la vena esencial de *Beaumarchais*, la que nunca le falta ni le engaña cuando se abandona á ella, al paso que cuando se entrega á la sensibilidad es enfático en muchas ocasiones.

Trabajó bastante tiempo en la relojería sin sufrir en su vanidad por ello. Demostró su talento de invencion por un *escape* de que fué inventor, aunque un tal Lepante le disputó el invento. El litigio se llevó á la Academia de Ciencias y *Beaumarchais* lo ganó. Siempre tuvo en mucho este título de honor, conservando el pergamino cuidadosamente con el manuscrito de *Figaro*. Sin embargo, despues de haber pasado entre cuatro vidrios, como él dice, una parte de su juventud, se cansó de aquella vida y tomó vuelo. Aquí sería muy curioso trazar detalladamente lo que él llamaba « la novela filosófica de su vida ». Sólo haremos un índice de algunos capítulos. Gustaba de la música, cantaba y hacía coplas; sabía tocar la guitarra y sobre todo el arpa que era entónces una novedad. ¡Qué aficionado tan notable, qué insinuante *Lindoro* debía ser *Beaumarchais* á los veinte y cuatro años! Conoció á la mujer de un empleado subalterno de la corte, se enamoró de ella y, muerto el marido, se casó con la viuda en 1756. Llamábase María Magdalena Aubertin; *Beaumarchais* tuvo el dolor de perderla el 29 de Setiembre del siguiente año, conservando en la corte el empleo en que habia reemplazado al primer marido de su difunta mujer. Aquel destino le daba acceso entre los grandes; como músico y jóven agradable, fué introducido en 1760 en la sociedad de las infantas reales hijas de Luis XV. « He pasado cuatro años, dice, mereciendo su benevolencia por las cuidados asiduos y desinteresados que prodigaba yo á diversas cosas de sus divertimientos. » Era el alma de los pequeños conciertos, se insinuaba con gracia, con respeto, con habilidad, hasta excitar la envidia de los cortesanos. Evitaba con prudencia todo lo que hubiera podido recordar la infinita distancia; sentía que estaba allí para agradar y no para solicitar; sabía guardar una reserva digna que no dejaba de ser útil.

El gran financiero Paris-Duverney, convertido á la vejez en intendente de la Escuela Militar, cuya fundacion fué idea por él inspirada á madama de Pompadour, dirigia el establecimiento desde que se fundó. Anhelaba que la familia real honrara con su visita aquel patriótico establecimiento, sin poder conseguir tan alto testimonio de atencion. Beaumarchais se encargó de despertar en las infantas el deseo de ver la Escuela Militar y de que ellas lo comunicaran al delfin y al rey. Logró su intento. Duverney reconocido declaró que se encargaba de hacer la fortuna de aquel jóven.

« ¡ Ah señor Duverney (escribe Beaumarchais en una de sus Memorias), lo habiais prometido solemnemente al delfin, á la delfina, á las cuatro princesas tias del rey, delante de toda Francia, en la Escuela Militar, la primera vez que la real familia fué á ver los ejercicios de la juventud noble, haciendo llorar de alegría á los ochenta años al más respetable de los viejos !

¡ Cuán feliz me sentí entónces ! Aquel gran ciudadano, en los transportes de su alegría, viendo realizados sus deseos despues de nueve años de esperar en vano, me abrazó diciéndome con lágrimas en los ojos : « Esto basta, hijo mio ; os queria ya, pero en adelante os miraré como á mi propio hijo : sí, cumpliré lo que acabo de ofrecer ó la muerte me lo impedirá. »

Esta solemnidad patética hace sonreir, cuando se piensa que sólo se trataba de asociar á Beaumarchais á los negocios y ganancias del ministro de víveres, para hacerlo millonario. Beaumarchais es el primero de nuestros escritores que ha unido su inspiracion y hasta cierto punto su enternecimiento á las ideas de ganancia y especulacion. Tambien en esto formó escuela : ¡ millones y dramas ! Tal ha sido despues la divisa de más de uno.

Duverney tuvo palabra. Despues de vários ofrecimientos ventajosos que no dieron todo lo que se proponia, « imaginó cumplir de un golpe todas sus promesas, dice Beaumarchais, prestándome quinientos mil francos que yo le devolveria muy holgadamente con el producto de los intereses que él me prometia en las grandes empresas que habia de realizar ». Quiso entrar Beaumarchais en una compañía que administraba móntes; pero los señores de la compañía no le juzgaron digno por sus antecedentes de artesano (!). Hizo Beaumarchais reflexiones

filosóficas sobre la necedad humana y, sin apesadumbrarse, tomó por otro camino. Poco despues le encontramos en la corte con los títulos de escudero, consejero secretario del rey y lugarteniente general de cazas, teniendo por capitán al duque de La Vallière. En su calidad de lugarteniente de cazas conocia de ciertos delitos y estaba investido de un cargo judicial, que desempeñaba sin reirse mucho.

En 1764 (tenía treinta y dos años) le sucedió uno de los episodios más dramáticos de su vida, que él mismo ha contado : la historia de *Clavijo*, de la que se han hecho dramas ; pero el único verdadero drama es el de Beaumarchais. En el pleito que tuvo diez años depues con el conde La Blache y el consejero Goëzman, sus enemigos y acusadores que querian perder á Beaumarchais por todos los medios, hicieron circular una carta escrita contra él, y que suponian procedente de España, en la cual se desfiguraba calumniosamente un acto generoso de su juventud. Beaumarchais aprovechó la ocasion para dar al público una página de su Diario de viaje relativa al hecho, página, segun él, que no debía publicarse nunca. Y la aprovechó tan bien, que « se sospechó fuera de él mismo la carta injuriosa de la que supo sacar tanto partido » : así lo dice La Harpe que no era hostil á Beaumarchais. En la cuarta Memoria de este contra Goëzman (Febrero de 1774) se puede leer aquel incomparable relato lleno de vida y movimiento. Si Beaumarchais habia escrito realmente aquellas páginas desde 1764, era ya desde entónces un escritor consumado.

Haciendo un breve sumario, diré que Beaumarchais tuvo noticia de que una de sus dos hermanas establecidas en España, la menor, que era soltera, habia estado por dos veces á punto de casarse con un alto empleado de Madrid, hombre de ingenio, que se llamaba Clavijo, el cuallas dos veces faltó á lo prometido causando la pena y humillacion consiguientes á su hermana. Esta invocaba un defensor y un vengador, y Beaumarchais se encaminó á Madrid con cartas de recomendacion para el embajador. Llega, busca á Clavijo, va á verle sin dar su nombre inventando un pretexto, le tantea en la conversacion, le habla de literatura, lisonjea su amor propio y, de repente, aborda el punto delicado teniendo algun tiempo la espada suspendida ántes de tirarse á fondo. Todo este diálogo, con la pantomima del paciente, es una obra maestra de proceder y de combinacion que toca á cada instante

en lo trágico y lo cómico á la vez. Sin embargo, el fin de la aventura no corresponde á la habilidad del diálogo, pues faltó poco para que Beaumarchais fuese burlado por aquel á quien habia arrancado la careta.

Una vez terminado aquel dramático asunto de familia y libre ya Beaumarchais de los peligros que le habia suscitado el mismo asunto, permaneció todavía un año entero en España. Intentaba emprender negocios importantes en representacion de una compañía francesa. Tratábase, parece, de surtir de esclavos negros, por diez años, á varias provincias de la América española. Aunque fracasó su intento, dejó Beaumarchais en España ventajosa idea de sus talentos y capacidad. Mostróse digno discípulo de Paris-Duverney, teniendo en sí todas las cualidades que tenian los Orri, los Gourville, aquellos hombres de expedientes, aquellos especuladores moderadamente escrupulosos pero entendidos. Pronto veremos á Beaumarchais, entre dos comedias y dos pleitos, emprender grandes cosas, proveer de municiones y armas á la América del Norte sublevada contra los ingleses, tener sus barcos, *su marina*, hasta un buque de guerra que se distingue en los encuentros y que merece en un combate los elogios de Estaing. Habia en Beaumarchais algo del Ouvrard, y más aún, algo del Fouquet de Belle-Isle.

A su vuelta de España (1765) no habia escrito nada para el público. Empieza á escribir entónces y sus primeros ensayos no son felices. Su drama *Eugenia*, puesto en escena en la Comedia Francesa á principios del año 1767, es un drama del gusto serio, honesto, doméstico que Diderot intentaba introducir. En el prefacio que Beaumarchais imprimió á la cabeza del drama, expuso claramente su teoría que es la imitacion pura y vulgar de la naturaleza; allí revela su falta de verdadera poesía, su carencia de ideal. Para esta clase de ingenios, Sófocles y su Edipo, Fídias y su Júpiter no han existido jamas. Segun esta teoría de falso buen sentido enemigo del buen gusto, bastaria poner en escena cualquier episodio de la vida diaria para alcanzar la cima del arte:

« Si álguien es bastante *bárbaro*, bastante clásico (es chocante ver que Beaumarchais tomaba por sinónimas estas dos palabras), para atreverse á sustentar la negativa, es menester preguntarle si lo que entiende por drama ó pieza teatral no es el cuadro fiel de las humanas acciones. » En el drama *Eugenia* ya citado y en el de *Dos Amigos* (Enero de 1770),

no es Beaumarchais todavía más que un dramaturgo sentimental, lacrimoso, imitador de La Chaussée y de Diderot. Este, por su parte, no lo confiesa por discípulo ó por hijo, y Collé, que es competente en gracia y humorismo, está lejos de adivinar en él á un cofrade y á un maestro: « M. de Beaumarchais (nos dice Collé) ha demostrado hasta la evidencia con su drama que no tiene *ni genio, ni gracia, ni talento.* » Pero Collé enmendó esta frase, escribiendo una nota impregnada de admiracion y de arrepentimiento despues de *El Barbero de Sevilla*.

Dejemos á este Beaumarchais *Grandisson* que equivocó el camino, para llegar de una vez, á traves de los varios accidentes de su vida, al verdadero Beaumarchais cuya vena cómica brotará al fin tan improvisada como natural, aún ántes de llegar á ser el Beaumarchais *Figaro*. Toda su vida tuvo el mismo buen humor; pero no se le ocurrió ponerlo en sus obras sino andando el tiempo y bajo el imperio de la necesidad. Su vida, como particular, era entónces agradable y rayaba en la opulencia. Se habia vuelto á casar con otra viuda en 1768, con Genoveva Magdalena Wattedled, viuda de Levesque; pero tuvo la desgracia (desgracia de la que Beaumarchais se consolaba pronto) de enviudar nuevamente; su segunda mujer murió en el año 1770.

Entre tanto moria Paris-Duverney, dejando á Beaumarchais un reconocimiento de deuda por la suma de quince mil libras. Aquí empezó la serie famosa de sus pleitos. El heredero de Paris-Duverney, el conde de La Blache, negó la deuda que Duverney habia reconocido alegando que el documento era falso. De aquí un litigio ganado en primera instancia por Beaumarchais; pero este cazaba más de una liebre á la vez, y siempre confiado, tuvo un altercado imprudente con el duque de Chaulnes cuando su causa estaba pendiente todavía en el Parlamento. La cuestion con el citado duque fué por culpa de la señorita de Mesnard, querida del duque, de la que Beaumarchais se enamoró. El resultado fué que ámbos rivales estuvieron arrestados unos dias en sus respectivas casas, hasta que el duque y par fué encerrado en una ciudadela y Beaumarchais en un castillo. Su adversario, el conde de La Blache, aprovechó la ocasion para activar la vista de la causa por el Parlamento; presentó á Beaumarchais como un hombre perdido, como un pillo que abusaba de la confianza de todos, que habia robado su querida al duque de